

SOCIEDAD

Están cambiando su comunidad de arriba abajo. Son las auténticas impulsoras de la modernización de una etnia históricamente vapuleada y profundamente incomprendida. Acaban de celebrar el Día Internacional de los Gitanos y, desde que se conmemora esa fecha, hace ya un cuarto de siglo, casi todo es distinto para ellas. Universitarias, empresarias y doctoras, defienden sus tradiciones pero no tienen nada que ver con sus madres. Hoy, 8 de cada 10 gitanos que acceden a estudios superiores son mujeres. Y parece que el cambio no ha hecho más que empezar.

REVOLUCIÓN GITANA

POR Cristina Serrato FOTOS Raquel Quintana

Cuenta la leyenda que, hace muchos años, Sur, una nota musical curiosa por conocer a los seres humanos, se escapó del arpa mágica del dios Marsias para pedirle a la diosa de la creación, Trianir, un cuerpo tangible. Ella cogió una rama de ébano de su jardín y comenzó a tallarla, confiriéndole forma femenina, cabellos de color miel y ojos de halcón. Así nació Kamir, la primera mujer gitana. Desde el silencio de una cultura siempre maltratada, despacio, con la suavidad y la elegancia de un flamenco giro de muñecas, se alzan ellas. Fuertes, luchadoras, conscientes del papel que les ha tocado desempeñar. En el albor del siglo XXI, tras años de marginación, las mujeres gitanas son el mejor ejemplo de la transformación de una comunidad y una cultura aún hoy desconocidas. El mestizaje, su incorporación a nuevas áreas de trabajo, el acceso a la escolarización y la importancia que ha adquirido el movimiento evangélico en su comunidad son algunos de los factores que han definido un cambio del que ellas son las verdaderas protagonistas, los motores necesarios.

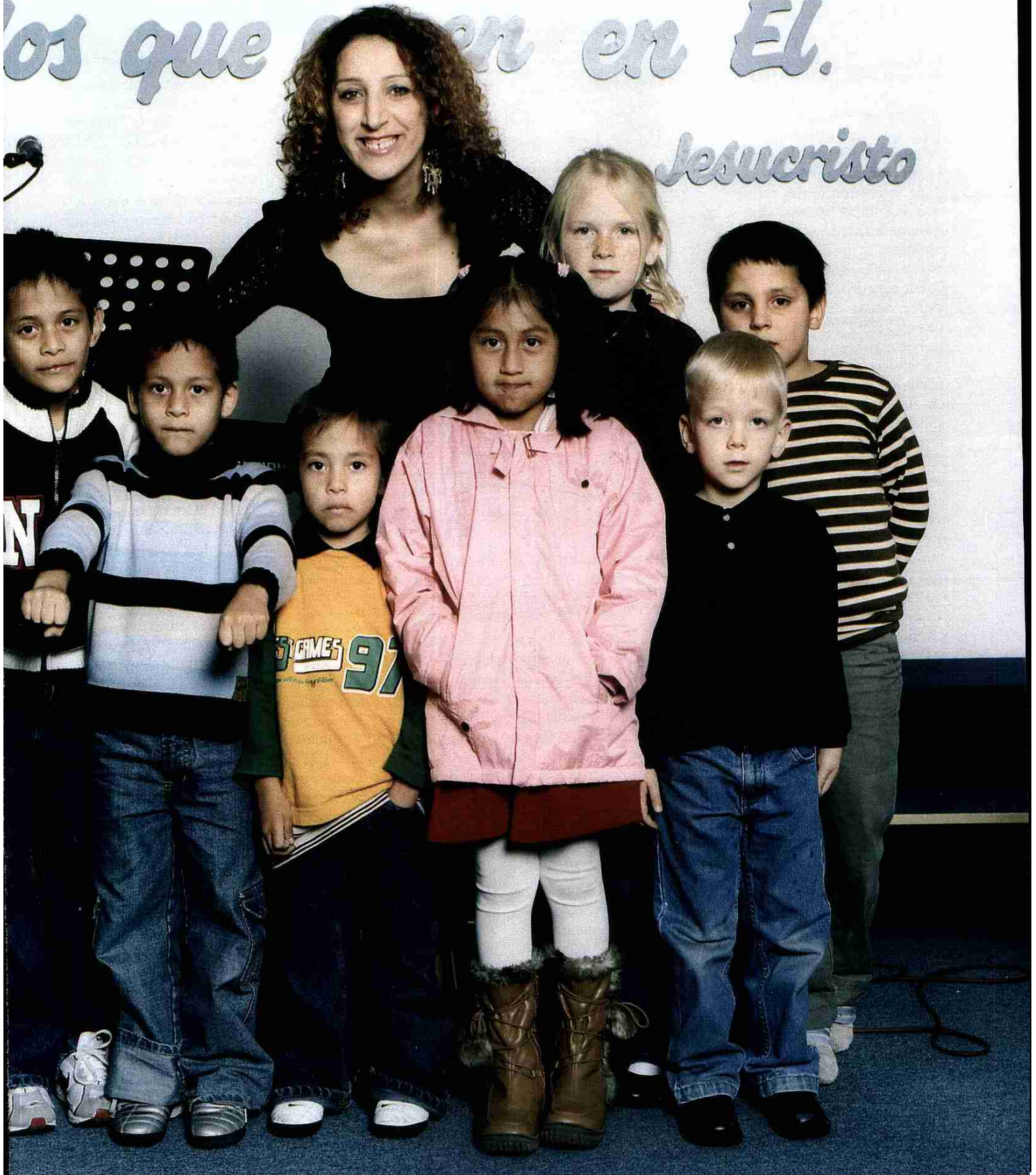
Las aulas de la Universidad Jaime I de Castellón conocen de cerca la lucha de Ana Giménez. A sus 43 años, esta antropóloga de vocación es una de las pocas mujeres gitanas que pueden presumir de ser doctora. «He tenido que lidiar con muchas situaciones incómodas para conseguir ▶



Ramenias Lozano
30 años. Madrid.
Orientadora sociolaboral.
Trabaja en la Fundación
Secretariado Gitano e
imparte catequesis a niños
en una iglesia evangélica.



posible para Dios
los que creen en El.
Jesucristo



el respeto del que gozo hoy. Pero lo más duro para mí ha sido ver que, mientras yo llegaba, otras se quedaban en el camino», explica. Para las gitanas, el acceso a los estudios superiores supone algo más que una simple elección. «En nuestro ambiente, somos excluidas por los grupos más tradicionales, que nos ponen la etiqueta de *muy modernas* por el hecho de estudiar y convivir con los payos. En la universidad, nos ven como *las especiales*, el elemento folclórico, y nos convertimos en el centro de atención», apunta Ana con gesto inconforme, mientras explica la importancia de romper con los estereotipos que envuelven al pueblo gitano. «El sistema educativo no ha sabido incorporarnos. Encima, de cara a la sociedad tenemos que demostrar que somos igual de competentes cuando se nos brinda la oportunidad, y frente a los gitanos, que es-

tudiar no significa perder nuestras raíces.» Ana habla de sus alumnos como lo haría cualquier madre de sus hijos. «Son estupendos. No tengo problemas con ellos, aunque en clase evito todo lo posible hablar del tema gitano. Si sale a colación por algo, siempre intento inculcarles el valor de la tolerancia», explica. Con un magno currículum a sus espaldas y la experiencia de una vida intensa, se siente orgullosa de haber conseguido ser «respetada entre los payos» y «admirada» por los suyos. De talante sincero y expresión amable, tiene muy claro que «la mejor arma con la que puede contar una gitana para su emancipación es la educación». Por eso, «es importante que las instituciones apoyen políticas de discriminación positiva para la mujer, clave en la transformación del pueblo gitano, y así ayudar a que tengan igualdad de oportunidades en la sociedad», asegura Asunción Mihura, directora general de Igualdad de Oportunidades del Ayuntamiento de Madrid, desde donde ya se han puesto en marcha varias iniciativas en este sentido.

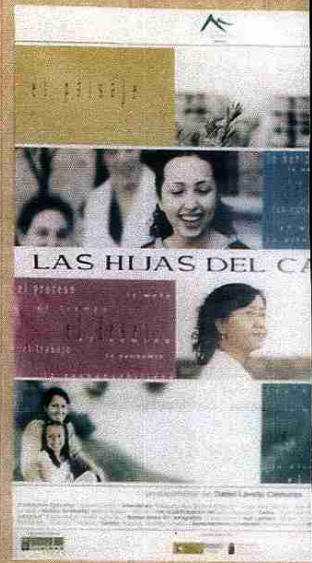
Tradicionalmente, las niñas calés abandonan la escuela entre los 12 y los 15 años, cuando comienzan a desarrollarse físicamente, para casarse y tener hijos. «Siempre han puesto por delante de la



Elisa Fernández 25 años. Sevilla. Es estudiante de Periodismo. Colabora en el programa de Canal Sur Radio Camelamos nakerar (*Queremos hablar*) como locutora de un informativo diario en caló, que se emite cada noche a las 22.30 horas.

educación el matrimonio y el trabajo. Ir a la universidad significa retrasar la vida laboral hasta los 23 años, demasiado para el tiempo vital de los gitanos. Por eso, normalmente, la mujer que accede a la universidad es aquella que pertenece a la burguesía gitana, la que tiene una solvencia económica o que entiende la importancia de los estudios para progresar», explica Ana. En las familias tradicionales, cuando la mujer llega a la pubertad, se le restringe el acceso a la escuela para evitar el contacto con los compañeros del otro sexo. «Tiene que ver con una cuestión fundamental para los gitanos: la protección del grupo. La situación marginal que han sufrido durante tantos años les ha llevado a la endogamia para sobrevivir, es como una forma de control sexual de las mujeres», afirma. Aunque es difícil de cuantificar, puesto que gran parte de la comunidad calé no está censada, según la Fundación Secretariado Gitano, en España viven alrededor de 700.000 personas de esta etnia. El 70% de la población adulta carece del antiguo grado escolar y la deserción de la escuela entre los menores de 20 años llega al 30%. Además, sólo uno de cada cien llega a la universidad y, de ellos, el 80% son mujeres. La mayor concentración de estudiantes se encuentra en Andalucía, donde se están generando verdaderas élites de gitanas universitarias. Precisamente allí, en Sevilla, bordeando la majestuosa estampa de la catedral y escondida entre las estrecheces de unas calles bordadas con rejas, se encuentra Amuradi, la primera asociación de mujeres universitarias *romís* (gitanas) andaluzas, creada para la defensa de sus intereses. Su presidenta es Beatriz Carrillo de los Reyes, una mujer de 30 años que desprende una seguridad impactante. «Al llegar a la universidad, y a través de mis compañeros de Trabajo Social, comprobé la cantidad de estereotipos que tenían sobre nosotros. Entonces entendí la necesidad de asociarnos para intentar acabar con esos clichés. Contacté con las gitanas de otras universidades y no sólo les pareció una buena idea, sino que la consideraron crucial para promover un cambio», explica.

“El caló fue una lengua prohibida en la dictadura y nuestros mayores la perdieron. Intentamos recuperarla desde la radio.” **Elisa Fernández**



Susana Jiménez

29 años. Madrid.
Empresaria. Directora
de Dalearte, una
agencia que organiza
eventos y espectáculos.



Ellas alzan la voz. En tan sólo cuatro años de vida, Amuradi se ha convertido en todo un referente del movimiento universitario español. «Hemos creado la moda de mujeres universitarias. ¡Un hito!», exclama su presidenta. Financiada con el apoyo que recibe de la administración pública, cuenta actualmente con más de 300 socios. Avalan a la asociación un sinnúmero de campañas de sensibilización para acercar la cultura gitana a la universidad. La más aplaudida se llama Caravana Universitaria Romí. «Queremos provocar un impacto social en la población universitaria, para que conozca mejor nuestra cultura y empiece a vernos en las aulas como algo natural, olvidando los estereotipos. También ayudamos a promocionar a las mujeres dentro de nuestra propia comunidad. Lo importante es que, por fin, hay unos referentes a los que seguir» explica. Ella admite que le gustaría formar una familia, pero, de momento, «entre las labores de la casa, mi tra-

bajo y acompañar los fines de semana a mi familia en la venta ambulante, no he podido. ¡No tengo tiempo ni para encontrar marido!», se ríe. Este año, por si fuera poco, se ha matriculado en antropología. «Tengo que aprovechar que el pueblo gitano está viviendo un momento clave. Me recuerda a la Transición, cuando la gente estaba muy involucrada, porque sabía que finalizaba una etapa y quería progresar. Nosotras tenemos mucho que aportar, porque somos transmisoras de valores», comenta Beatriz. Precisamente, eso es lo que llevó a Elisa a estudiar Periodismo en Sevilla. Carismática y oriunda de San Juan de Alznavarache, creció en un barrio periférico de chabolas. «Soy la única de mi escuela que ha cursado estudios superiores. Todas mis amigas tuvieron familia muy jóvenes. Mi padre emigró a Europa y se casó con una paya, así que tiene otra mentalidad y siempre ha querido que estudiara», cuenta. La apertura de su familia le ha ayudado a vivir ▶



Beatriz Carrillo 30 años. Sevilla. Es licenciada en Trabajo Social y actualmente estudia Antropología. Además, preside Amuradi (Asociación de Mujeres Universitarias Romí Andaluzas por la Defensa de sus Intereses).



Ana Giménez 43 años. Castellón. Es doctora en Antropología y profesora titular en el Departamento de Filosofía y Sociología de la Universidad Jaime I. En sus aulas, imparte la asignatura de Sociología de la Educación.

una realidad diferente a la de sus amigas. «Aunque ellas me admiran y me apoyan», admite. Con la música de Ismael Serrano como banda sonora de su vida y *La insostenible levedad del ser*, de Kundera, en la mesilla, a sus 25 años vive con su novio, payo, en un piso decorado con muebles de Ikea. Actualmente, colabora en *Camelamos nakerar* (Queremos hablar), un programa de Canal Sur Radio. Cada martes, a la 10.30 de la noche, ofrece información en caló en la sección *Navipens romantí* (Noticias gitanas). «El caló fue una lengua prohibida durante la dictadura y nuestros mayores la perdieron. Desde aquí intentamos recuperar nuestras raíces. Es un programa ameno y una oportunidad importante de mostrar nuestra cultura», explica Elisa.

No existen redes sociales que las apoyen. Por eso, muchas mujeres gitanas ven en el autoempleo la mejor opción para desarrollarse profesionalmente. En el barrio de Carabanchel, en Madrid, Susana Jiménez instaló hace un año la agencia de eventos y espectáculos Dalearte. «Ofrecemos un servicio muy amplio: modelos, azafatas, catering, conciertos, talleres y cursos.» Tiene 29 años y desprende la energía de una mujer competente y emprendedora. «La empresa es una iniciativa particular que he sacado adelante con préstamos privados y ayuda de amigos», explica. «No he tenido ningún problema con mis clientes. Las gitanas somos ágiles, despiertas, alegres, positivas y trabajadoras. Y, si se trata de trabajar como azafatas, también tenemos un buen físico», puntualiza. Tradicional por herencia, la empresaria, tal y como mandan sus principios, no tiene pareja. «La boda gitana es un elemento muy importante de nuestra cultura. No se celebra si la mujer no llega virgen al matrimonio. Así que, estudiemos o no, las mujeres que, como yo, somos de convicciones gitanas arraigadas, respetamos ese principio profundamente», afirma. La guapa calé tiene, en cambio, muy clara la fuerza de la mujer de su raza. «Nos hemos subido al carro de la

educación y hemos conseguido en 30 años lo que las mujeres payas tardaron 500 en lograr.»

En su afán por ayudar a los suyos, muchas de las gitanas que logran terminar los estudios invierten sus conocimientos en trabajar para su pueblo. Remedios Losada lo hace para la Fundación Secretariado Gitano de Madrid, «una entidad social sin ánimo de lucro que presta servicios para el desarrollo de nuestra comunidad», explica. Ella es orientadora sociolaboral. De 30 años, vive con sus padres y no tiene pareja. «¡Hija! Porque creo que el matrimonio y la mortaja del cielo bajan», bromea. Actualmente, Reme está inmersa en una campaña de sensibilización con el lema *Tus prejuicios son las voces de otros*. «Queremos incidir en la necesidad de combatir las ideas preconcebidas que la sociedad tiene de nosotros, porque muchas veces se convierten en un obstáculo para nuestra plena integración», apunta. Con la gracia que la caracteriza, Reme habla con mucho orgullo de las mujeres de su raza: «Somos como *superwomen*», bromea, «luchamos contra los prejuicios de la sociedad, hacemos ver a los nuestros que no nos estamos *apayando*, demostramos nuestra valía profesional... ¡y estamos estupendas!», ríe.

Reme acude cada semana a Iglesia Evangélica Hosanna, donde imparte catequesis a los niños y canta en las celebraciones. «Les inculco valores que no se enseñan en la universidad y que considero importantes para su crecimiento personal. Nuestra cultura tiene unos principios de los que nos sentimos orgullosas, como el valor de la palabra dada, el respeto a los mayores o la unidad familiar, cosas que la sociedad actual ha perdido.» Antes de terminar, hace un guiño al hombre gitano: «Siempre se ha hablado del machismo en nuestra raza. Las cosas también están cambiando en ese aspecto, y hay hombres hoy que, ante una mujer de bandera, en todos los sentidos, se quitan el sombrero». Quizá, dentro de muchos años, la tradición ágrafa gitana transmita de padres a hijos la historia de unas mujeres que lucharon por su educación y su independencia. Ellas brindan, seguras de lograrlo: «¡Salud y libertad! ¡*Sastipen tali!*». VO